

EL SÍNDROME DE PETER PAN

Peter Pan es un personaje bien conocido por todos. Cuando se menciona, evocamos el simpático rostro del protagonista de la película de Walt Disney (1953) y recordamos a los niños con los que, en su día, nos identificamos. Los sugerentes personajes de Campanilla o del Capitán Garfio están presentes desde entonces en el imaginario colectivo de la mayor parte de los niños occidentales. Pero lo que casi nadie sabe es que Peter Pan fue creado mucho antes de que se rodase el filme, a principios de siglo, y que se debió a la pluma de James Barrie quien, en 1904, estrenó en Londres la obra teatral *Peter Pan, el niño que no iba a crecer*.

El sentido del texto teatral

Aunque en la cinta de Disney se menciona de refilón el tema de que algunos niños quieren permanecer siempre en la infancia, el planteamiento que predomina es el de película de aventuras, con mucha fantasía, magia y el simplón enfrentamiento entre buenos y malos. Sin embargo, en la obra teatral está presente el problema de crecer y hacerse mayor; y se pone en primer plano que la contraposición entre Peter Pan y el Capitán Garfio parte de que éste es un hombre adulto, por lo que no puede entender el mundo infantil.

Al presentar esta idea, la obra propuso una hipótesis rompedora en su día: la concepción del mundo desde la infancia no es “tonta” o “simplista” —como podría estimarse desde una posición adulta— sino que se rige por una lógica propia, incomprensible desde otras perspectivas. Peter Pan, el protagonista, no desea crecer por dejar de divertirse o por actuar siempre de forma irresponsable, sino porque supondría perder ese punto de vista particular, irrecuperable una vez que se accede a la lógica adulta.

Para los psicólogos infantiles, en concreto para los que estudian el desarrollo del pensamiento a lo largo del proceso evolutivo, es fácil establecer un paralelo entre las investigaciones de Jean Piaget y lo que, de forma intuitiva, presentó bastante antes la obra de James Barrie. Desde antes de la Segunda Guerra Mundial el trabajo de muchos psicólogos se centra, precisamente, en desentrañar esa intrincada madeja que es el singular concepto del mundo que poseen los niños.

¿Pero qué es el síndrome de Peter Pan?

No obstante, en la actualidad, cuando se habla del síndrome (o complejo) de Peter Pan se hace mención de una cosa bastante distinta. No guarda relación con el tema de la concepción infantil del mundo, sino con el deseo de algunos jóvenes (y no de algunos niños) por permanecer libres de las responsabilidades y cargas que representa desenvolverse en la vida como un adulto. Es decir, de romper con la dependencia paterna, de desarrollar una actividad laboral fructífera y responsable, y de establecer unas relaciones de amistad e íntimas comprometidas y maduras.

Aunque no pasa semana sin que aparezca algún artículo de opinión con este tópico (por lo que se puede afirmar que está muy de moda), el complejo de Peter Pan

lleva presente en la bibliografía psicológica desde hace ya un cuarto de siglo (Cf. Meisel: *The Mith of Peter Pan*, 1977), y eso si sólo nos ceñimos al término de Peter Pan y no a conceptos íntimamente relacionados como el de *puer aeternus* (o el “eternamente niño”) que mucho antes acuñase Jung. No obstante, hay que admitir que, para la mayoría de la gente, su popularización es mucho más reciente y se debe, sobre todo, al *bestseller* de Dan Kiley *El síndrome de Peter Pan* (1983). En España podemos citar como divulgadores conocidos a Vázquez Montalbán (por sus artículos periodísticos) y a Aquilino Polaino-Lorente, que ha publicado recientemente un libro en el que trata de dilucidar el origen de este cuadro y propone unas vías para su solución (A. Polaino-Lorente: *¿Síndrome de Peter Pan? Los hijos que no se marchan de casa*. Ed. Desclee de Brouwer).

Existen varias posibilidades para encuadrar este síndrome. Por un lado, cabe concebirlo como un tipo de patología o enfermedad, un trastorno propio de algunos jóvenes que requeriría, en consecuencia, un tratamiento individual. Por otro, desde una perspectiva más sociológica, considerar que es fruto de una corriente generacional, un modo de comportarse colectivamente que obedece a unas coyunturas económicas y sociales determinadas.

El síndrome de Peter Pan como problema psiquiátrico

Si el síndrome de Peter Pan se contempla como un trastorno mental o psíquico, los sujetos aquejados por él reunirían una serie de síntomas, que se habrían desarrollado bien por un tipo de problema orgánico aún desconocido, bien por unas condiciones familiares particulares. Como hipótesis más plausible, se ha esgrimido que los jóvenes con este cuadro serían aquellos que habrían tenido (o, mejor, *padecido*) un tipo de educación totalmente permisiva, llena de alabanzas y cuidados, con una ausencia de exigencias y responsabilidades, y con la evitación de cualquier frustración por mínima que ésta fuera.

En este marco, los jóvenes sufrirían un desarrollado disarmónico entre su físico y su psique: mientras que su cuerpo llevaría un proceso normal y acabaría consumándose una madurez plena, su mentalidad correspondería a la de un preadolescente irresponsable, pueril e incapaz de vivir sin el apoyo de los demás.

Esta falta de desarrollo en la madurez afectiva y emocional se reflejaría en una serie de comportamientos como los siguientes: (1) exigencias a los demás miembros de la familia para que satisfagan sus necesidades y caprichos; (2) excesiva preocupación por el aspecto físico y el bienestar personal; (3) intolerancia a cualquier crítica; (4) ansiedad cuando son evaluados por compañeros o superiores del trabajo o los estudios; (5) incapacidad para hablar de otras personas y de interesarse por cualquiera que no sea él mismo; (6) exageración de los propios logros y éxitos; (7) carencia de auténticos amigos; (8) narcisismo; (9) incapacidad para asumir responsabilidades, comprometerse o mantener su palabra; y (10) machismo y dificultades en las relaciones sexuales.

De acuerdo con esta concepción, el joven requeriría una terapia por la que, con el establecimiento de una relación de adulto a adulto con el psicoterapeuta, podría reorganizar su vida psíquica, asumir poco a poco sus limitaciones, conseguir

vivir las frustraciones vitales sin hundirse ni negarlas y restablecer el equilibrio entre su edad cronológica y su madurez afectiva.

El síndrome de Peter Pan como problema sociológico

La perspectiva anterior es culpabilizante para los padres y, de algún modo, tranquilizadora para el resto de la sociedad. Los responsables de esta situación serían ciertos padres irresponsables que se han mostrado excesivamente permisivos, y la solución se encomendaría a unos profesionales de la salud especializados en problemática juvenil.

Sin embargo, dado el gran número de casos que, por lo que parece, están afectados por este problema, no puede obviarse que tiene que haber una corriente social por la que, quizás, todos tenemos una parte de culpa. Para que se comprenda lo que quiero decir podría establecerse un paralelismo con el problema de la anorexia: ¿los culpables de esta enfermedad en una chica son unos padres débiles que no la obligan a comer y que consienten irresponsablemente esas conductas o toda la sociedad con sus cánones estéticos (cánones que la mayoría, consciente o inconscientemente, compartimos) en los que la delgadez es sinónimo de atractivo y triunfo social?

Para explicar el origen del complejo de Peter Pan desde esta perspectiva social se echa mano de los valores sociales imperantes, que podrían englobarse como la “cultura *light*” o “postmoderna”. En el núcleo de esta concepción se encuentra el rechazo a cualquier tipo de autoridad, o de verdad, el cambio constante como valor, y una postura anti-jerárquica. Como consecuencia, se cuestiona la utilidad del esfuerzo (ya que todo puede mutar) y del compromiso, la dirección de la vida hacia una realización concreta o la adquisición de unos conocimientos (laborales o personales) “seguros”.

En los jóvenes, las principales manifestaciones de estos valores podrían estar en: la fijación en la casa paterna con independencia de la edad, el retraso en la nupcialidad (e, incluso, la dificultad para comprometerse en cualquier relación estable), el alargamiento desmesurado de la etapa educativa (que bloquearía el paso hacia un mayor compromiso y responsabilidad), el comportamiento urbano incívico (eternamente adolescente), la incapacidad para mantener un trabajo estable y la constante insatisfacción con cualquier actividad laboral (vista como indigna, intolerable o por debajo de las propias capacidades), las vueltas al hogar tras períodos fuera, o la constante ayuda paterna que se otorga con independencia de que el hijo viva en otra casa (los padres siguen facilitándole la comida, la limpieza, la colada... y están siempre en contacto, sea telefónico o con visitas repetidas).

El comportamiento de los jóvenes y el síndrome de Peter Pan

Sin embargo, la visión anterior tampoco carece de problemas, pues supone que comportamientos juveniles tan diversos como los arriba mencionados parten de una misma raíz (un tipo de sociedad que promueve unos valores concretos). Considerar, por ejemplo, que todos los jóvenes que retrasan su salida del hogar paterno están bajo unos presupuestos y que no pueden sustraerse de esa tendencia social supone tener

una visión muy simplista del problema. Como en toda conducta, la interacción entre muchas variables, circunstancias exteriores y una manera de ser (una personalidad), dan la clave para explicar las acciones de los sujetos.

Para empezar, habría que convenir en que estos valores sociales son compartidos por Estados muy distintos, pues el fenómeno del retraso en la emancipación del hogar paterno se observa en la mayor parte de los países de la Unión Europea e incluso en los EE.UU. y Canadá (si bien es cierto que con menor magnitud). El hecho de que los jóvenes no salgan de casa de sus padres no puede explicarse por un supuesto síndrome que afectaría, como una plaga, a cientos de miles de jóvenes, sino por un gran número de factores que, cuanto menos, deben agruparse considerando aspectos económicos, sociológicas y psicológicas (en referencia a estas causas puede consultarse el nº 202 de *Diálogo*, pp. 17-24).

¿Seguro que los jóvenes son menos maduros que antes?

Teniendo en cuenta todo lo dicho, lo más sensato es considerar la etiqueta *síndrome de Peter Pan* como un término simplificador —una manera de englobar muchas conductas y calificar a algunos jóvenes— más que como un factor explicativo de las acciones del colectivo juvenil. El síndrome de Peter Pan no tiene una entidad nosológica; esto es, no puede considerarse como una patología y, de hecho, en ningún manual diagnóstico válido aparece recogido (Cf. DSM-IV ó CIE-10).

No obstante, si el término (y lo que éste evoca) se ha diseminado tanto debe ser porque ha caído en un terreno abonado. Es decir, que existe una impresión colectiva de que los jóvenes actuales son menos maduros y tienden a asumir posiciones más infantiles en comparación con la generación anterior.

Pero lo primero que habría que reflexionar ante esta creencia es que gran parte de esa opinión social proviene de lo que difunden los mismos periodistas. Y la divulgación periodística, al menos en las Ciencias Sociales, se alimenta siempre de sí misma y deja mucho que desear. Los periodistas crean modas y es muy posible que este caso sea uno de ellos. La necesaria simplificación que implica la divulgación provoca que se tienda a explicar situaciones sociales por cualquier tipo de gen, síndrome o virus (hoy en día los reduccionismos biologicistas son los que privan), lo que facilita la comprensión y reduce la interacción entre elementos. De hecho, baste recordar que, casi cada día, algún artículo periodístico nos informa de que un equipo de investigación ha hallado el gen de la homosexualidad, de la esquizofrenia o de la dislexia; que gracias a un complejo aparato cerebral se ha conseguido identificar el núcleo cortical de la timidez, la infidelidad o la pereza; o, más aún, que se ha sintetizado una sustancia que, finalmente, nos volverá inmunes a las preocupaciones.

Por otra parte el colectivo juvenil resulta singularmente atractivo para los tópicos y es un ámbito de lugares comunes ya desde la antigüedad. Como muestra baste recordar las palabras que el clásico latino Salustio escribió hace ya casi dos mil años en su *Conjuración de Catilina*. Frente a los jóvenes romanos de otras épocas, Salustio contraponía a sus contemporáneos, y si los primeros eran calificados de aguerridos, respetuosos con sus mayores, generosos y honrados, de los segundos afirmaba que “*por la opulencia invadían a la juventud la disolución, la avaricia y el orgullo (...) los jóvenes de ánimo blando y resbaladizo, fáciles de prender en los*

engaños (...) amancebados, jugadores y despilfarradores” (XIII, 2-3; XIV, 5-6). ¿No es esta la opinión que mantienen muchos cuando hablan de los jóvenes de hoy en día? ¿Acaso en la época de Salustio existía también el complejo de Peter Pan?

Es muy difícil afirmar si los jóvenes son hoy más o menos maduros (y muchos menos si esto se debe a un síndrome) que los de una generación atrás. Lógicamente, es de suponer que cuando se vive en unas condiciones duras (por ejemplo, en una posguerra), los adolescentes no tienen más remedio que madurar rápido y abandonar pronto el período infantil. Pero esta vivencia está ya muy lejos de las últimas cohortes. En realidad, carecemos de estudios que específicamente hayan contrastado la madurez de la juventud del dos mil con la de los noventa u ochenta. Mientras no existan pruebas no hay por qué creer que los jóvenes actuales —en comparación con los de otras épocas— no quieren abandonar sus “privilegios”. Es posible que todo esto no sea algo ajeno a la visión que se tiene siempre de la juventud y que el término *síndrome de Peter Pan* no sea sino la manera “de moda” de resumir esa visión.

Jorge Barraca Mairal
Doctor en Psicología